

A person stands on the peak of a large, dark rock formation. The background is a vast landscape under a dramatic, orange-hued sky at sunset. In the distance, a large, multi-story building is visible, and a green golf course winds through the valley below. The overall scene is one of contemplation and natural beauty.

Reconciliación

La mayor necesidad
del hombre

L. R. SHELTON, JR. (1923-2003)

Reconciliación: La mayor necesidad del hombre

Contenido

1. El hombre está separado de Dios por naturaleza. 3
2. Sujetos del pecado y la ira de Dios. 6
3. Reconciliación a través de Cristo el Mediador. 10
4. La sustitución, la base de la reconciliación. 14

© Copyright 1992 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación,
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Reconciliation: Man's Greatest Need*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org.

Reconciliación: La mayor necesidad del hombre

1. El hombre está separado de Dios por naturaleza.

Las Sagradas Escrituras establecen la necesidad de que haya reconciliación entre Dios y el hombre. La razón de esta necesidad, es el desacuerdo en el cual Dios y el hombre se encuentran por causa del pecado. Por lo tanto, mientras el hombre no se reconcilia con Dios, permanece morando bajo la ira de Dios Quien odia y castiga al pecado.

Encontramos además en las Sagradas Escrituras, que el Señor Jesucristo, Dios encarnado, manifestado en la carne, vino al mundo por voluntad propia para reconciliar a Su pueblo escogido, siendo estos pecadores y enemigos de Dios, para reconciliarlos con Dios por medio de Su propia muerte y del derramamiento de Su preciosa sangre.

La necesidad de la muerte y resurrección de Cristo para nuestra reconciliación con Dios, se debe al estado natural del hombre, siendo este pecador, y por la condición depravada de su corazón y de su vida.

Según la Palabra de Dios si el hombre quiere llegar a Dios y al cielo, antes, tiene que reconciliar su rebeldía en contra de la autoridad de Dios. En Romanos 5:10-11 leemos: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.” También en 2 Corintios 5: 18-21 leemos: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

En Colosenses 1:21-22 también leemos, “Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentarnos santos y sin mancha e irreprochables delante de él.”

Hemos visto en estos versos, como el hombre en su estado natural de depravación y de pecado, se encuentra en enemistad con Dios, alienado de la vida santa y morando bajo el justo juicio de Dios. Pero a pesar de esto, vemos también la misericordia, la gracia, y el amor de Dios al enviar a Su unigénito para que hiciera expiación por los pecados del hombre, para que derramara Su sangre para así satisfacer las leyes de Dios que han sido violadas; haciendo

posible que pobres pecadores merecedores del infierno, fueran reconciliados con Dios.

La palabra “reconciliación” significa: *Unir dos partes que han sido apartadas*. Significa que uno ha sido ofendido por el otro, y consecuentemente se ha creado una brecha entre ambos. En lugar de amistad existe hostilidad. En vez de paz, hay enemistad, separación, alienación entre ellos. Por tanto, se hace manifiesta la necesidad de hacer la paz entre ambos partidos separados, para que subsane el mal que se ha hecho, se disuelvan los resentimientos, el descontento sea removido, se sane la brecha, y se lleve a cabo una reconciliación completa.

En este caso, las partes envueltas son Dios y el hombre. El hombre ha ofendido gravemente a Dios. La alianza entre Dios Supremo y el hombre, ha sido rota al hombre rebelarse en contra de Dios y al haber pisoteado las leyes divinas de Dios.

Todo esto ocurrió por causa del pecado de un hombre. La ofensa originalmente fue cometida por Adán en el jardín del Edén; y al actuar no tan sólo como individuo sino como la autoridad federal de la raza humana, en Adán toda la humanidad ha pecado contra Dios y se mantiene como su enemigo. Este hecho se encuentra claramente establecido en Romanos 5 con estas palabras: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre [Adán], y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto [en Adán] todos pecaron” (verso 12). “Por la transgresión de aquel uno murieron los muchos” (verso 15). “El juicio vino a causa de *un solo pecado* para condenación” (verso 16). “Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres” (verso 18). “Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores” (verso 19). Además en 1 Corintios 15:22 se lee: “En Adán todos mueren.”

El significado de todo esto es que todos hemos pecado en Adán, nuestro primer representante federal, y hemos pasado a morar bajo el juicio de Dios: Esto es lo que llamamos “*pecado original*”.

Estos versos nos dan la única respuesta que satisfactoriamente nos explica el significado de la historia humana y la existencia universal del pecado. La raza humana sufre por causa del pecado original de Adán; por el contrario sufriría sin causa. No encontramos escapatoria de esta alternativa. Esta tierra es el escenario de una horrible y siniestra tragedia. En ella observamos miseria, contiendas y odio, dolor y pobreza, enfermedad y muerte en todas partes. Nadie ha escapado de la ruina causada por el pecado. El hombre nace para la aflicción, “como las chispas se levantan para volar por el aire”, según dice Job 5:7.

Es un hecho divinamente establecido que “por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres” (Ro. 5:18). Estimado lector, esta es la causa de todos los problemas. Hemos nacido siendo pecadores, miembros de una raza maldita, hijos transgresores de padres transgresores, “ajenos a la vida de Dios” (Ef. 4: 18), expuestos a Su descontento judicial. El día en el cual Adán cayó, la maldición de la ley quebrantada recayó sobre la posteridad de Adán. Es la única manera en la cual podemos dar cuentas de la universalidad de la

depravación humana y el sufrimiento. “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). “Se apartaron los impíos desde la matriz; se descarriaron hablando mentira desde que nacieron” (Salmo 58:3).

A la luz de estas palabras, vemos la gran brecha existente entre Dios y el hombre, y la necesidad de reconciliarse con Dios por medio de la muerte de Cristo, o moraremos bajo la ira de Dios. Pues escrito en Gálatas 3:10 dice: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.” La brecha entre Dios y el hombre ha sido abierta por causa del pecado. Dios es santo, tan santo es: “muy limpio de ojos para ver el mal, ni puede ver el agravio” (Hab. 1:13). El pecado ha ofendido infinitamente a Dios, pues es “esta cosa abominable que el aborrece” (Jer. 44:4). El pecado es anarquía espiritual, un desafío a Dios, “diciendo, Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas” (Salmos 2:2-3). Vemos hoy día como las leyes de Dios y el hombre son deshechas y cada hombre quiere ser ley para sí mismo y señor sobre él mismo; por esto ha traído ruina y caos sobre sí mismo y sobre todo lo que toca.

Un hecho establecido en la Palabra de Dios es que el hombre está envuelto en una lucha en contra de Dios, por lo cual necesita reconciliarse si quiere ser salvo. El hombre por naturaleza odia las cosas que Dios ama y ama las cosas que Dios odia. El hombre se burla de los preceptos de Dios y sigue tras las cosas que Dios prohíbe. El hombre por naturaleza se rebela en contra del gobierno divino, negándose a someterse a la voluntad divina. ¿Cómo sabemos esto? Presta atención. En el momento que la voluntad del hombre se cruza con la providencia de Dios, el hombre comienza a murmurar y a protestar. El hombre no agradece las misericordias que Dios le administra a diario, y no reconoce que la mano de Dios es quien imparte dichas misericordias, comparándolo con un caballo o una mula a quienes Dios alimenta (Isaías 1:3). El hombre se queja constantemente, murmura por las condiciones del tiempo, y es un extraño al contentamiento. En otras palabras, “Los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Ro. 8:7). En 1 Corintios 2:14 dice que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura.”

Veamos lo que le ocurrió al hombre cuando Adán cayó en el pecado:

Primero, *el hombre fue separado de Dios*, y por ende necesita reconciliarse. En Isaías 59:2 dice, “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.” También, el entendimiento del hombre está entenebrecido y se encuentra alienado (Ef. 4:18).

Segundo, *la caída del hombre en Adán causó que el hombre sea aborrecido por Dios*. Isaías 1:6 nos dice que Dios nos ve así: “Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.”

Tercero, *el hombre ha venido a morar bajo la condenación y la maldición de la divina ley de Dios*. Leemos en Gálatas 3:10, “Escrito está: Maldito todo

aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.” Por lo tanto al estar bajo la justa condena de Dios, necesitamos reconciliarnos con Dios a través de la muerte de Su Hijo (Gá. 3:13; Is. 55:7).

Cuarto, *el hombre pasó a morar bajo la ira de Dios*. Efesios 2:3 nos dice que todo hombre por naturaleza es hijo de ira. La ira de Dios está sobre él por causa del pecado. El Salmo 7:11 nos dice que “Dios está airado contra el impío todos los días.”

Quinto, *el hombre se encuentra esclavizado por Satanás*, cautivo a su voluntad. El diablo es el amo de los pecadores, por lo tanto el hombre necesita liberarse de este cautiverio y reconciliarse con Dios a través de la muerte de su Hijo (Lc. 1:78-79; Lc. 4:18-19; He. 2:14-15).

Sexto, *el hombre se encuentra bajo el reinante poder del pecado*, según dice Tito 3:3. Aquí se describe al hombre como “sirviendo a la concupiscencias y deleites diversos”, y presentando sus miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad (Ro. 6:19).

Séptimo, *el hombre odia a Dios*, según Romanos 8:7. Nos dice: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios.” Por lo tanto no va a Dios, porque ha hecho a Dios su enemigo. Por dicha razón el hombre necesita reconciliación con Dios por medio de la muerte de Su Hijo (Col. 1:20-22).

2. Sujetos del pecado y la ira de Dios.

Leemos en Isaías 59:2: “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.” Si, el pecado ha abierto una brecha—una brecha amplia, una brecha eterna—entre cada pecador y Dios; y a menos que Dios en Su soberanía, amor y misericordia atraiga, redima y reconcilie a pobres pecadores consigo mismo a través de la obra de Jesucristo, Su Santo Hijo, entonces ningún pecador jamás será salvo. Tan sólo cuando la misericordia y la verdad se unan, la justicia y la paz se besarán, y la gracia será derramada sobre hombres pecadores.

Amplíemos estas siete cosas ocurridas al hombre en la caída. Primero, *nuestra caída en Adán nos ha separado de Dios*. Esto no es un cuento de hadas, esto es proclamado a través de las páginas de las Sagradas Escrituras; se puede ver en la vida de todo hombre la separación de Dios—¡separación del Dios Dador y Fuente de toda bendición! El hombre se mantiene fuera de Su favor, incapaz de tener comunión con Él, amputado del gozo de Él, desprovisto de Su vida, de Su santidad y de Su amor. Como vemos, el pecado irrumpió en la feliz relación que originalmente existía entre Dios y el hombre. El pecado ha distanciado a Dios del hombre, y ahora Dios no permite que aquéllos que son hostiles hacia Él y ofensivos a Su absoluta pureza, permanezcan en Su presencia.

Tal como Dios dice en 2 Pedro 2:4, “Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio.” Dios le hizo saber claramente a Adán, nuestro representante federal, la pena de su desobediencia en estas palabras de Génesis 2:17: “Más el árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.” Fue aquí, en el comienzo de la historia humana que Dios al dar Sus leyes, anunció que “la paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23), muerte espiritual, muerte judicial y eterna si el perdón no es obtenido. Esta muerte, amigo lector, no es aniquilación sino separación. Vea usted, la muerte física es la separación del alma del cuerpo, la expulsión de esta tierra. Así que la muerte espiritual es la separación del alma de Dios, la expulsión de Su favor (2 Tes. 1:7-9) De manera que cuando Adán deliberada y premeditadamente escogió desobedecer a Dios, él pecó y pasó a estar bajo el justo juicio de Dios y nosotros también.

Esto, querido amigo, es horrendo: Separación de Dios por causa del pecado. El hombre caído es culpable de haber violado la santa ley de Dios, así que judicialmente permanece bajo la sentencia de muerte, custodiado hasta el día de la ejecución, a menos que obtenga el perdón de Dios. Si el perdón no es obtenido, entonces será echado “en el lago ardiendo con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Ap. 21:8) porque está siendo “castigado de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor” (2 Tes. 1:9).

Como podrá usted ver, el pecado ha impuesto una barrera eficaz entre usted, el pecador, y el Dios santo; y a menos que haya una reconciliación con Dios a través de la muerte de Su Hijo, usted estará perdido para siempre. No permita que esta verdad se le escape, como si nada tuviera que ver con usted. Si no está en Cristo, si no ha sido regenerado por el poder del Espíritu de Dios, basado en la sangre vertida por el Señor Jesucristo, entonces usted está perdido y esto por una eternidad, y actualmente está separado de Dios sin esperanza en este mundo de tinieblas.

Segundo, notamos de la Palabra de Dios que en la caída de Adán *nosotros todos pasamos a ser objetos de aborrecimiento de parte de Dios*. En la caída nos convertimos en todo lo opuesto a Dios, por tal razón objeto de Su aborrecimiento. Usted ve, Dios mora en luz espiritual, el hombre mora en oscuridad espiritual; Dios es santo, el hombre se encuentra totalmente depravado; Dios es nuestro Señor y Justo Rey, el hombre es un rebelde desafiante; Dios es inmaculadamente puro, el hombre es un leproso repugnante. ¿Quiere ver un retrato de como Dios por naturaleza nos ve aparte de la sangre purificadora de Cristo? Escuche a Isaías 1:6: “Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.” ¡Qué objeto repulsivo! Sin embargo, es así como usted y yo por naturaleza nos vemos ante los ojos de Dios aparte del Señor Jesucristo. Y querido amigo, esto entonces necesita reconciliación por medio del Señor Jesucristo, para ser lavado, purificado, hechos justos en Él si es que hemos de ir ante la presencia de un Dios tres veces santo.

Tercero, notamos en la Palabra de Dios que lo que ocurrió en nuestra caída en Adán es que *pasamos a estar bajo la condenación y la maldición de la Ley divina*. En Gálatas 3:10 leemos: “Pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”

“*¡Maldito todo aquel!*”: Estas son palabras solemnes, porque significan que estamos bajo la justa ira de Dios y bajo sentencia de muerte, por haber roto Su santa y justa Ley. Querido amigo, en este preciso momento usted se encuentra bajo sentencia de muerte, condenado si no se encuentra en Cristo. ¿Por qué? Porque la Biblia dice, “El alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:4) — la muerte segunda en el infierno porque todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Ro. 3:23). Esto hace que la reconciliación con Dios a través de Cristo sea imperativa —la mayor necesidad— si ha de escapar el juicio, y la maldición habida sobre usted a causa del pecado.

Cuarto, notamos en la Palabra de Dios que en nuestra caída en Adán *pasamos a morar bajo la ira de Dios*. Siendo así, entonces todos los descendientes de Adán somos “por naturaleza hijos de ira” (Ef. 2:3).

Usted ve, querido amigo, Dios no es un espectador indiferente de las acciones de Sus criaturas. Dios sabe lo que ocurre en la oscuridad; Él conoce nuestros pensamientos—cada uno de ellos—según entran en nuestras mentes (Salmo 139:2). Él conoce nuestra rebelión, orgullo, lujuria, voluntad propia, perversidad, nuestro mal hablar y nuestro desprecio hacia Su autoridad. Por lo tanto, se nos dice en el Salmo 7:11 que “Dios está airado contra el impío todos los días.” El no tan sólo detesta el pecado, pero también está enojado con quienes continúan practicándolo. Él está airado hoy y todos los días contra pecadores impíos e impenitentes. Cuán horrible es el pecado que ocasiona que la ira de Dios recaiga sobre usted todos los días: los días mejores y los peores, los días soleados y los nublados, el día de su boda, los días de su juventud, los días de su vejez, todos los días usted mora bajo la justa ira de Dios si usted no ha sido reconciliado con Él a través de la muerte de Su Hijo.

Entonces escuche usted esas terribles palabras en el Salmo 7:12-13: Si usted no se convierte de sus caminos de pecado a Cristo en arrepentimiento y fe, entonces Él blandirá Su espada y usted será marcado para juicio cuando llegue su último día. Esto afirma lo que dice nuestro texto que la reconciliación con Dios es su mayor necesidad; y esta necesidad tan sólo puede ser satisfecha en el Señor Jesucristo, siendo Él solamente Quien nos puede reconciliar con Dios a través de Su obra vicaria en la cruz y Su obra de resurrección de la sepultura; pues “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25).

Quinto, notamos en la Palabra de Dios, que en la caída de Adán *pasamos a estar sujetos a, y ser esclavos de, Satanás*. Vea usted, al principio nuestros primeros padres prefirieron creer a las mentiras de Satanás en vez de creer en la verdad de Dios; por lo tanto Dios permitió que Satanás obtuviera dominio sobre ellos. Como resultado, cada uno de nosotros entró al mundo con una naturaleza que está en armonía con la naturaleza de Satanás. Sin ninguna excepción, cada

miembro de nuestra raza nace en tal estado de depravación que voluntariamente obedece y sirve al archi-enemigo de Dios, Satanás.

Querido amigo, ¿sabía usted que existen dos reinos espirituales en este mundo? —El de Cristo (Col. 1:13) y el de Satanás (Mt. 12:26); y todo ser humano está sujeto al uno o al otro. Aquellos que no han venido a Cristo y se han rendido a Su cetro, son dominados por Satanás y luchan bajo su estandarte en contra de Dios. La Palabra de Dios nos habla bien claro acerca de aquellos que se encuentran bajo el dominio del reino de Satanás: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (Juan 8:44). Efesios 2:2 lo describe de la siguiente manera: “En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.” Pero en 2 Timoteo 2:26 se describe aún más fuerte: “Y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.” ¡Qué estado tan horrible, encontrarse controlado por Satanás, cautivos a su voluntad!

De modo que esto también hace necesaria la reconciliación con Dios a través de Cristo por el poder de Su Espíritu Santo, porque somos voluntariamente esclavos de Su enemigo, Satanás, y debemos ser redimidos y liberados de su poder para luego poder comunicarnos con un Dios Santo. Pero alabado sea Dios, porque esto fue lo que el Señor Jesucristo vino a la tierra a hacer. Escuche a Lucas 4:18-19: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.”

Sexto, notamos de la Palabra de Dios que en nuestra caída en Adán *pasamos a estar bajo el poder reinante del pecado*. Cuán terrible es este juicio, pasar a estar bajo el poder reinante del pecado, porque las Escrituras declaran que “el pecado reinó para muerte” (Ro. 5:21). El pecado, este hecho abominable el cual Dios odia, ha entrado a la constitución humana como un veneno mortal, y ha corrompido completamente nuestro ser moral. Créalo usted o no, el pecado tiene dominio completo sobre el alma humana. La mente no se opone a este hecho pues es siervo del pecado (Juan 8:34). El pecado ejerce un poder determinante sobre la voluntad. El pecado reina de tal manera en el corazón de los no regenerados, que dirige sus afecciones y sus acciones, causando que vayan tras sus propias ideas malvadas. Tal y como el aire es un elemento natural para los pájaros, de igual manera el pecado es un elemento natural del hombre caído; como leemos en Job 15:16, “El hombre abominable y vil, que bebe la iniquidad como agua.”

Por esta razón, hombres y mujeres se dirigen a cometer cuanto pecado imaginable, porque el pecado reina en ellos y no pueden resistir la invitación a pecar. ¿Por qué? Porque el ser humano ama al pecado, prefiriendo las tinieblas a la luz, y este mundo por sobre el cielo. Por lo tanto el hombre persiste en pecar, no importando las súplicas, advertencias, amenazas y castigos. Entonces la única esperanza para esta generación pecadora en la cual vivimos, es la gracia

de Dios reine en nuestros corazones por el poder del Espíritu Santo, tal como se lee en Romanos 5:21: “Así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia, para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.”

Séptimo, notamos en la Palabra de Dios que por causa de nuestra caída en Adán, *el hombre odia a Dios*. Romanos 8:7 nos dice: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden.” Se preguntará usted, ¿por qué el hombre odia a Dios, a Cristo, a Su evangelio, y a Su luz? Porque sus obras son malas y se encuentra bajo el poder reinante del pecado. Así que cuando la luz de Dios comienza a exponer la naturaleza pecaminosa y sus obras malas del hombre, este comienza a luchar en contra de Dios porque odia Su santidad. Y a menos que la gracia divina penetre en el alma oscurecida de usted y rompa la barrera de odio en su corazón, usted se quedará en esa condición, y la muerte lo conducirá al infierno donde permanecerá durante toda la eternidad. Escuche como lo describe las Sagradas Escrituras: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquél que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Juan 3:19-20). Leemos en Apocalipsis 16:10-11 acerca del mismo hombre en el infierno, que no ha cambiado, pues aún odia a Dios y a Su luz, “y mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras.”

Permítame repetirlo otra vez: Es tan sólo cuando la gracia divina penetra a través de su corazón, removiendo esa barrera de odio, que usted será salvo. Esto es hecho solamente por medio del Espíritu Santo, bajo la convicción del Espíritu Santo, conllevándolo a la reconciliación con Dios a través de Cristo. Mi clamor es el mismo que el del apóstol Pablo en 2 Corintios 5:20: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: reconciliaos con Dios.”

3. Reconciliación a través de Cristo el Mediador.

Entonces, es motivo para alabar a Dios, al saber que la palabra de reconciliación está para ser presentada a los más viles y malvados pecadores. Es la palabra que significa que Dios es justo al justificar al pobre pecador que viene a Él por y a través de la Persona de Su Hijo quien fue enviado para ser el medio por el cual se alcanza la reconciliación.

Oiga lo que dice en 2 Corintios 5:18-21: “Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio, el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo:

Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Notemos dos declaraciones en estos versos que sostienen nuestro argumento. En el verso 18 leemos que: “Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo,” y en el verso 19 dice: “que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo.” Entonces vemos que la reconciliación con Dios es posible porque Él mismo ha provisto los medios para hacer posible la reconciliación. Fue *la voluntad del Padre* apartar un número de los de la raza de Adán, para que tengan comunión con Él a través de la reconciliación. Veamos como las preciadas Escrituras nos lo presenta: “Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, *según el puro afecto de su voluntad*, para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef. 1:5-6). “Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino *según el propósito suyo* y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9).

Así que, es según “*el puro afecto de su voluntad*” que sabemos que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo mismo al mundo. No había ninguna razón de nuestra parte, por la cual Dios se conmoviera a sanar la brecha entre Él y Sus criaturas rebeldes, nosotros. Pues Él, justamente pudo habernos echados a todos en el infierno. Pero Dios lo hizo de acuerdo al “*puro afecto de su voluntad*” *motivado por Su amor y Su gracia*.

Otra razón que podemos dar acerca de este hecho de Dios al reconciliar consigo mismo en Cristo es *Su amor por Su pueblo*. Efesios 1:4-5 nos dice: “*en amor* habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo a Sí mismo.” Juan 3:16 nos dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Sí, “*Dios es amor*” (1 Juan 4:8). Todo el amor de Su ser se manifestó a Su pueblo, estando ellos en estado de esclavitud, rebelión, morando bajo Su ira y Su castigo por causa del pecado y de la separación habida entre Su pueblo y Él mismo. Por tal razón Dios dispuso de un medio por el cual Él mismo atraería a Su pobre pueblo pecador hacia Él mismo, para disfrutar de una unión de vida, amor y una unión duradera de salvación en Cristo.

Veamos la tercera razón a la cual podemos atribuir este hecho de Dios de reconciliar consigo mismo al mundo en Cristo: Fue debido a *Su gran sabiduría*. Vea usted, estimado lector, se tenía que encontrar el modo de satisfacer ambos la justicia de Dios y el amor de Dios; ya que la ley de Dios había sido rota por el hombre pecador. Por lo tanto esto hizo del hombre un transgresor de la ley de Dios. El hombre pisoteó las leyes de Dios bajo sus pies inicuos. El hombre desechó la autoridad de Dios y se hizo a sí mismo su dios. Entonces se hicieron las siguientes preguntas: ¿Cómo Dios podía ser justo hacia Sus leyes violadas y a la misma vez ser el justificador de pobres pecadores? ¿Cómo podría Dios satisfacer tanto Su justicia como Su amor?

Intentemos responder a estas preguntas de la siguiente manera: Para comunicarse según la manera de los hombres, Dios Padre consultó consigo mismo, puso Su *omnisciencia* en efecto, y trazó un plan en el cual Su

multiforme sabiduría (Ef. 3:10) fue manifestada y ejemplificada. En Su consejo, pues Él obra todas las cosas según el consejo de Su voluntad, antes de que el hombre había pecado, Dios se propuso resolver esta complejidad, convirtiéndose Él mismo en el Mediador; de manera que la luz y las tinieblas, la santidad y el pecado, la piedad y la impiedad, lo inmaculado y lo pecaminoso, aún el cielo y el infierno, la exoneración y la culpabilidad se pudiesen encontrar en una Persona; y que esa Persona tomase la mano de Dios y la mano del hombre pecador, y las uniera en una comunión santa de amor, por medio de la reconciliación. En el Salmo 85:10 vemos una ilustración clara de lo que se estableció aquí: “La misericordia y la verdad se encontraron; La justicia y la paz se besaron.” Aquí encontramos que: No se extendió la misericordia a los pecadores a costa de la verdad, ni tampoco se le dio paz a expensas de la justicia. Estas fueron provistas de manera que se encontraran en *una persona, Jesucristo*, y Él en la cruz de donde nació la gracia para los pobres pecadores. La palabra que utilizo para caracterizar esto es, “*sustitución*”; y esto es lo que la multiforme sabiduría de Dios designó para que Él fuese justo al justificar a cada pecador que viene a Dios arrepentido y con fe en Jesucristo. Esto se encuentra establecido en una escritura, 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Otro aspecto de esta obra reconciliatoria de Dios en Cristo, que es motivo para maravillarse, es que la Segunda Persona de la Divinidad deseó llevar a cabo plenamente el acto final de esta encomienda de sustitución, para que el pueblo de Dios pudiese ser reconciliado con Él. Muchas son las escrituras que comprueban la disposición de nuestro bendito Señor para actuar como el Mediador—para intervenir entre un Dios Santo y Su pueblo pecador, ruin y rebelde. Veamos algunas de ellas y regocijémonos juntos por el hecho de que hubo Uno que estuvo dispuesto a morir en nuestro lugar, dispuesto a cargar sobre Él nuestros pecados, para que nosotros fuésemos capaces de obtener Su justicia imputada y de presentarnos ante Dios tres veces santo, reconciliados y sin culpa, puros, limpios y santificados.

Hebreos 10:5 y 9 nos presenta a nuestro bendito Señor diciendo, “*Me preparaste cuerpo*,” y, “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad.” Juan 10:17, “Yo pongo mi vida, para volverla a tomar.” “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas” (verso 11). Filipenses 2:5-8, “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual siendo en forma de Dios no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” Alabado sea el nombre de nuestro glorioso Señor Jesús por haberse dispuesto a tomar sobre Si el oficio de Mediador, de manera que en Su Persona, en Su vida, en Su muerte, en Su resurrección, en Su ascensión y en Su intercesión actualmente tras el velo del cielo, Él pudo reconciliarnos con Dios y traer paz, armonía, comunión y amor entre pecadores y el Dios Santo.

Otro aspecto glorioso acerca de esta obra de reconciliación es, que *el Mediador tenía que ser de dos naturalezas*, para que así supiera los corazones y las mentes de ambas partes. Era necesario que el Mediador fuese una *Persona Divina* por varias razones: Primero, para que fuese independiente y no meramente un representante de una de las partes. Segundo, para que Él revelase al Padre (Juan 1:18; 14:9). Tercero, para que rindiera la debida obediencia a la Ley—una obediencia dirigida, no hacia Él mismo, sino como la obediencia que deben rendir todas las criaturas—la cual es de un valor infinito. Y cuarto, para que pudiese administrar en el reino de la providencia y de la gracia, los cuáles le fueron encomendados a Él como Príncipe Mediador. De manera que nadie sino sólo Dios puede perdonar pecados, impartir vida eterna, restaurar las criaturas caídas a la verdadera libertad u otorgar el Espíritu Santo—fue por estas razones que el Mediador es Divino.

Aun así era igualmente necesario que el Mediador fuese hombre: para que verdaderamente pudiese representar al hombre como “el último Adán”; para que Él estuviera “hecho bajo la ley”, para obedecerla y sufrir la pena de muerte impuesta por la misma; para que en Su humanidad glorificada fuese Él la Cabeza de la Iglesia. Él habría de ser “el Apóstol y Sumo Sacerdote” (Hebreos 3:1): El Apóstol de Dios para nosotros y nuestro Sumo Sacerdote para con Dios; para así apaciguar la ira de Dios y remover nuestra enemistad hacia Dios.

Pero la pregunta es, ¿Cómo una Persona podía convertirse en este Mediador? Cómo una Persona podría hacerse partícipe de la humanidad sin tener contacto con su corrupción? ¿Cómo podía una Persona unir lo Divino con lo humano, lo Infinito con lo finito, la Inmortalidad con mortalidad, Omnipotencia con debilidad? ¿Cómo una Persona, o tal unión producirse de manera que ambas naturalezas estuviesen perfectamente desposadas y aun así preservar su distinción? ¿Unidas y aun así sin confundirse, de manera que la divinidad no se convirtió en humano, ni lo humano transformado en lo Divino? Querido lector, *a través de la encarnación Dios habría de manifestarse en la carne*. Dios proveería un cuerpo de la misma sustancia del vientre de la virgen María, y la implantación de la Semilla Divina y la formación de esa Criatura Divina, el cuerpo de nuestro Señor, sería llevado a cabo por el Espíritu Santo. Esa Criatura Divina, nacida de la virgen María, sin la intervención de un padre humano, era Jesús de Nazaret Quien era Dios hecho hombre. Él tenía una naturaleza humana y una naturaleza Divina, pero tan sólo *tenía una personalidad*, y esa, la del eterno Hijo de Dios. De manera que, con este cuerpo, nuestro bendito Señor se convirtió en el Gran Sustituto de los pecadores, para que Él nos pudiese llevar nuevamente a Dios y hacer la reconciliación posible para los pobres pecadores.

Todos debemos proclamar como el Apóstol Pablo en Romanos 11:33: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”, el hacer posible tan maravilloso suceso: que por medio de la encarnación Dios se convirtiera en uno de nosotros, para que nosotros pudiésemos ser reconciliados con Él mismo, a través de la muerte y la resurrección de Su Hijo.

4. La sustitución, la base de la reconciliación.

Concluamos con un estudio acerca del hecho eterno de que la reconciliación se ha llevado a cabo. La justicia de Dios, Su santidad y la Ley justa ha sido satisfecha, y ahora Él puede ser “justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Ro. 3:26).

“Por medio de él [Cristo], reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (Col. 1:20-22).

Es de esta manera que Dios es justo al permitir que pobres pecadores, culpables, y merecedores del infierno, entren ante Su presencia. Encontramos que esto es así en la misma naturaleza del Evangelio—en el corazón mismo del Evangelio—en la *sustitución*. La base en la cual la reconciliación con Dios descansa, es la expiación hecha por el Señor Jesucristo, o en Su acto de sustitución en la cruz. 2 Corintios 5:18, 21 nos dice que Dios “nos reconcilió consigo mismo por Cristo”; pues Dios a Cristo “por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Las Escrituras abundan con la verdad de que por medio del derramamiento de la sangre de Cristo en la cruz, nuestro Dios ofendido fue satisfecho; y nosotros los que hemos creído en Cristo, hemos pasado a estar en un estado de reconciliación con Dios. En Efesios 2:12-13 el apóstol Pablo nos dice que nosotros, los que hemos sido reconciliados por la fe en Cristo, estábamos en un tiempo “ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.” Nótese este asombroso hecho: “*hechos cercanos*.” Esto es “reconciliados con Dios” por medio de la sangre de Cristo vertida en la cruz.

Entonces, en la Epístola a los Hebreos 9:12 leemos: “Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino *por su propia sangre*, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.” Aquí el apóstol Pablo hace un contraste de Cristo y Su obra con todo lo que se estableció como verdadero en el Viejo Testamento, el sacerdocio Levítico y todas sus ordenanzas. Viendo al Gran Sumo Sacerdote, el Hijo de Dios, dice: “Él no ha entrado al Lugar Santísimo por medio de la sangre de becerros y machos cabríos, sino que ha entrado de una vez y por todas por medio de Su propia sangre; habiendo obtenido la redención eterna para nosotros.” Y en el verso 14 nos dice: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

Veamos aún otro ejemplo. En Hebreos 10:19 se lee: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo *por la sangre de Jesucristo*.” Pensemos sobre esto: pecadores impíos, impuros, injustos,

culpables y merecedores del infierno, son ahora limpios, santificados y justificados y reconciliados con Dios por medio de la muerte de Su Hijo, teniendo acceso por la fe en Su sangre a la presencia misma de Dios. Esto ha establecido el secreto de la oración, siendo este secreto el entrar con plena certidumbre y allí comulgar con Dios, cara a cara, por los méritos de la sangre vertida por este Sustituto Divino. Es aquí donde desbordamos nuestros corazones a Dios en forma de alabanzas, acción de gracias, petición, intercesión, confesión y regocijo. ¡Cuán preciosa esta realidad! ¡Regocijémonos en ella!

Encontramos otra porción en las Escrituras atestando a esta verdad en 1 Pedro 1:18-19, donde leemos que todos los hijos de Dios han sido redimidos “no con cosas corruptibles, como oro y plata, *sino con la sangre preciosa de Cristo*, como un cordero sin mancha y sin contaminación.” También Efesios 1:7 y Colosenses 1:14 nos dice que “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.” ¡Benditas expresiones de amor y de gracia! *Redimidos, perdonados*; tal y como nos lo dice Apocalipsis 1:5-6: “Nos *lavó* de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios.” Y como si *redimidos, perdonados y limpios* no fuese suficiente, Romanos 5:9 nos dice que también hemos sido “*justificados*” ante Dios por la sangre de nuestro bendito Sustituto, el Señor Jesucristo. Piense en esto: *justificados* por la sangre de Cristo, siendo considerados como si nunca hubiésemos pecado; *limpios* por la sangre de Cristo, y de pie ante Dios limpios y justos en Cristo; *perdonados* por la sangre de Cristo, todos nuestros pecados habiendo sido borrados como densa nube de delante de la presencia de Dios en Cristo. Y luego, *redimidos* por la sangre de Cristo, habiendo sido fiados del mercado de esclavos del pecado, y traídos ante la reconciliada presencia del tres veces Santo Dios como almas rescatadas.

No es en balde que al componer esta canción, el escritor prorrumpió en alabanzas al decir:

*Comprado con sangre por Cristo,
Con gozo al cielo yo voy;
Librado por gracia infinita,
Ya sé que Su hijo yo soy.
Soy libre de pena y de culpa
Su gozo El me hace sentir;
El llena de gracia mi alma,
Con Él es tan dulce vivir.
Lo sé, lo sé, comprado con sangre yo soy;
Lo sé, lo sé, con Cristo al cielo yo voy.*

Estimado lector, podríamos continuar mostrándole, que *es a través de la fe en Cristo, y en Su sangre que Su justicia ha sido imputada a nuestro favor* (Ro. 3:25). Es por medio de “la sangre del Cordero” (Ap. 12:11) que a diario nos sobreponemos al enemigo malvado de nuestra alma, el diablo mismo. Es según andamos en la luz, tal y como nuestro Dios reconciliado está en luz, que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7). Es

a través de nuestra comida espiritual de Su carne y la bebida de Su sangre (Juan 6:55), que tomamos parte con Él y comulgamos con Él en una unión de amor. Creo que una de las cosas más dignas de contemplar concernientes a la Sangre de Cristo, es la escena en el cielo y la actitud de los redimidos hacia la sangre de Cristo. Vayamos al libro de Apocalipsis capítulo 5, y veamos el regocijo de todos los redimidos con sangre. Aquí en Ap. 5 tenemos el retrato de un trono, y Él, Quien estaba sentado en el trono, tenía en Su mano derecha “un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos”. Juan, a quien le fue inspirado el Libro de Apocalipsis, al ver que no había nadie digno de abrir el libro, comenzó a llorar; ya que este libro contenía el plan eterno de Dios para todos los tiempos: el libro de Sus mandatos, Su libro de predestinación. Leamos comenzando en el verso 5, según el anciano comienza a hablar: “Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.” Entonces Juan dijo: “Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.” ¿Qué pasó luego? Todos los redimidos en gloria comenzaron a entonar un cántico nuevo, diciendo: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y *con tu sangre nos has redimido para Dios*, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”

Sin duda alguna, la canción del cielo será el cántico de redención, entonando alabanzas a Él para siempre; porque sólo Él nos ha reconciliado para con Dios por Su propia sangre vertida en la cruz al morir. Tal y como nos lo dice Romanos 4:24-25: “Creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.”

Estimado lector, ¿se encontrará usted entre aquellos que entonarán cánticos de alabanzas para el Cordero? ¿Ha sido usted reconciliado con Dios a través del único Mediador entre Dios y el hombre, “Jesucristo hombre”? (1 Timoteo 2:5).

Se preguntará usted, “¿Cómo puedo reconciliarme con Dios a través de Cristo?” Estimado amigo, como nos lo dice Romanos 3:25, “Por medio de la fe en su sangre”. Es siendo justificados por la fe en Su sangre que “tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1). Es yendo a Dios arrepentido como un pecador condenado y maldito como el ladrón en la cruz (Lucas 23:42), y “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe” (Hebreos 12:2), que somos llevados a un estado de reconciliación con Dios.

Ha sido Cristo Quien ha llevado a cabo esta obra, pues Dios “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). Estimado lector, ¿se ha arrepentido usted? ¿Ha creído en Cristo? ¿Confía usted en El para su bienestar eterno? ☞